



DE REGRESO A OCCIDENTE

34

El vuelo de veinticuatro horas arrojó a sus pasajeros en el Aeropuerto La Guardia. La cruda energía de la ciudad de Nueva York, la decadencia y el notorio materialismo fluyeron en discordantes fragmentos caleidoscópicos. Además de la fatiga del viaje, experimenté un ligero choque. La absoluta miseria de la India y la sobrepoblación fueron eclipsadas por su gran riqueza espiritual y por las perdurables tradiciones familiares, un agudo contraste con esta miseria interna. Sin embargo, incluso aquí, en miles de corazones, el oculto resplandor suplicaba por el despertar. Uno podía escucharlo con los oídos del alma.

Entonces emergieron las palabras del Nazareno, con la voz del Maestro viviente y empoderadas por Él: *“Yo soy la Vid, vosotros los sarmientos...”*

Jonas Gerrard, un artista comercial en sus veinte años, me llevó a reunirme y a hablar con grupos de Nueva York, Boston y Nueva Inglaterra. Lleno del intenso ardor y de la convicción del recién llegado, después de siete meses de inmersión en la presencia de un Hombre Dios, exclamé: *“Nuestro Maestro es tan grande que si él lo deseara, ¡podría incluso aparecerse aquí y ahora!”*

El poder del momento nos envolvió. Íbamos como un bólido por la autopista, a setenta millas por hora, cuando comenzó a manifestarse la brillante y transparente forma del Maestro, sonriendo y parándose sobre el capó del carro. ¿Era una alucinación o la realidad manifestada?

“¿Ves Gerrard? Quince mil millas no son nada, nada de nada. Si no podemos disfrutar su aura física, ¡Esto es lo mejor que le sigue! De nuevo, las palabras de Cristo hicieron eco en mi mente: “Donde haya dos o más reunidos en mi nombre, allí estoy”.

El largo viaje a través de los Estados Unidos hacia Vancouver lo hicimos en carro y en bus de la Greyhound, compartiendo con grupos pequeños por el camino. Pequeños centros de satsang estaban diseminados a través del continente. Uno de los hechos que debo resaltar de mi peregrinaje americano, fue mi encuentro con la legendaria señora M. Gordon Hughes, de Kentucky. (Aparentemente nadie sabe su nombre) Durante más de dos años habíamos intercambiado correspondencia y estábamos ansiosos de conocernos. Ella fue una de las primeras iniciadas de Kirpal en Norteamérica y también una extraordinaria poetisa y pintora.

David, un iniciado que me llevó desde New Hampshire, disminuyó la marcha en la tranquila calle Louisville, encerrada por el calor de unos altos olmos. Después de timbrar en una casa muy antigua, me saludó una robusta mujer de casi 6 pies de estatura, ochenta años de edad y coronada por un cabello crespo y rojizo, no exactamente como me la había imaginado. *“Bienvenido encanto”.* Dijo, arrastrando las palabras. *“¡Porque yo sabía que usted ganaría un renacuajo y obtuvo una rana!”*

Me mostró la sala donde colgaba una hermosa pintura al óleo sobre la chimenea, un Maestro Kirpal más joven, probablemente en sus cincuenta años, con un cielo a la luz de la luna y el océano detrás de él. La señora Hughes pintó este cuadro basada en una visión interna que tuvo varios años *antes* de haber oído del Maestro y cuando él todavía era desconocido en América.

DE REGRESO A OCCIDENTE



Su peregrinaje espiritual es bellamente expresado con sus propias palabras:

Fue en Kentucky en la primavera de 1928; era Abril, el mes de la brillantez de los narcisos blancos y amarillos. Durante dos años y siete meses había estado muy enferma. Todos los médicos y especialistas que consulté por causa de mi adolorido cuerpo, me dijeron que no volvería a caminar y que ni siquiera podría volver a sentarme.

Era medianoche. Me recosté en una solemnidad extraña, desolada y solitaria. Sentí que había llegado al borde del cruce a la Gran Aventura. Estaba tratando de pensar, revisando mi vida pasada y esforzándome por vivirla nuevamente. No quería morir; aparentemente tenía demasiadas cosas por hacer. La horrible oscuridad parecía cerrarse a mi alrededor y me estaba sofocando. Con gran desesperación, traté de moverme. Frenéticamente traté de llamar a alguien. Esto parecía imposible. Estaba en una agonía de soledad y desesperanza.

DE REGRESO A OCCIDENTE

De repente, un Gran Brillo Luminoso apareció en un rincón de mi habitación. Cada vez brillaba más y más y en la mitad de esta radiante Luz apareció una forma, el Ser más glorioso que había visto. Él se paró allí, era alto, esbelto, magnífico. Su barba era blanca y refulgente. Sus vívidos ojos azules estaban llenos de un impecable y compasivo amor divino, brillando como un ángel parado ante el sol; su mirada era penetrante, inspirada y aguda. Su turbante y sus vestiduras eran más blancos y suaves que la más excepcional edelweiss en las nieves alpinas y además emitía miles de centellas de Luz y color. Las palmas de sus hermosas manos estaban sujetas entre sí y las sostenía contra su corazón. Yo pensé que él debía ser Dios y lo miré asombrada. Él estaba de pie, mirándome gentil y bondadosamente. Entonces, lentamente caminó hacia mí y traspasó mi escuálido cuerpo.

A la mañana siguiente, mi familia quedó atónita. En lugar de encontrarme muerta como seguramente lo esperaban, vieron cómo me levanté de mi lecho de enferma, completamente curada e intacta.

Hasta entonces, no había escuchado nada sobre un Gran Maestro, pero en ese momento comencé una búsqueda a nivel mundial para obtener alguna información sobre este Ser divino. Dejé la Iglesia Episcopal e inicié el estudio de la Ciencia Cristiana, de la Hermandad Blanca, de la Autorrealización, el Rosacruzismo, el Movimiento del Yo Soy, el Movimiento Baha'i y así sucesivamente año tras año, hasta que lentamente me alejé de todos ellos. Estudié, busqué e investigué. Pasé horas y días en las bibliotecas buscando en los libros religiosos. Pero no encontré la información que deseaba tanto de todo corazón.

Pasaron veinte años y nuevamente, en Abril de 1948, una y otra vez vi este Ser ante mí, con frecuencia acompañado por otro Gran Hijo Espiritual. En ocasiones me remonté al Más Allá y vi dos seres, uno alto, esbelto y de ojos azules, el otro robusto, fuerte y con ojos oscuros como los de una paloma. Ambos le hablaban a otro Ser. Después supe que era Gurú Nanak, el primer Gurú de los sikhs.

Continué mi búsqueda.

¡Otro Abril! Era la primavera de 1952. Una mañana, una amiga me llamó por teléfono. Ella iba de Los Ángeles hacia la Florida pasando por Louisville. Me preguntó si había oído hablar del doctor Julian Johnson, quien había nacido y se había criado en Kentucky y se había ido a la India en busca de un Gran Maestro. Yo no había oído hablar de él. Ella me habló de sus libros y a buena hora recibí El Sendero de los Maestros que me enviaron desde la India. Leí este libro y sentí que finalmente estaba en el camino correcto.

A su debido tiempo, conocí al señor T. S. Khanna de Washington D. C. y el 29 de Septiembre de 1952 fui a la capital y a través de esta alma bendita, tomé la iniciación del Gran Maestro.

Le pedí al señor Khanna que me mostrara una fotografía del Maestro anterior y cuando vi la foto de Baba Sawan Singh, vi al glorioso Ser que se me había aparecido en 1928, curándome con sus alas. Mi larga búsqueda terminó.

DE REGRESO A OCCIDENTE

En Junio de 1955 fui a Union Station, en Washington D. C., a buscar el tren que trajo a Su Santidad Sant Kirpal Singh Sahib quien vino desde la India a América... Cuando se bajó del coche, lo observé, era el radiante y bronceado Hijo de Sawan Singh, el Precursor caritativo, el emancipador de la verdadera liberación del alma. Lucía exactamente como lo había visto tantas veces en Sahansdal Kanwal (El cuartel general del plano astral) y en otros Cielos más elevados, con nuestro Amado Sawan Singh. Había algo más que lo bien parecido... había un esplendor interno; en Sus brillantes ojos oscuros había un singular magnetismo espiritual, una dulzura maravillosa y gentileza en las firmes líneas de su boca, una grandiosidad real, y en la elegancia de su alta y fuerte figura había un porte de Libertad... ¡El Santo de Sat Naam! ¿Quién lo ha visto? ¿Quién lo puede olvidar?

*Levantando su mano derecha dijo, “¡Ves!”. ¡Yo ví!*¹

En este momento, la señora Hughes divaga, compartiendo su extraordinario viaje:

“En aquel tiempo fresco y mágico después de la iniciación, los Maestros llevaron mi alma más y más alto, incluso hasta el cuarto plano. Estuve colmada de embriaguez divina al experimentar el esplendor de esos reinos. En los planos segundo y tercero, vi todo lo que ocurriría en este mundo, antes de que ocurriera. Siendo una mujer algo insensata e impetuosa, comencé a divulgar aquello que vi, pero, ¡Oh! Pagué por mi indiscreción, cuando el Maestro bajó la cortina de mi visión interna. Lo que antes hacía sin esfuerzo, se volvió imposible. Durante cuatro largos años, a duras penas pude ver alguna Luz. Ahora, las cosas están mejor, pero ¡debo cuidar mi lengua!”

Le pregunté a la señora Hughes sobre sus estigmas y ella respondió: “Esas heridas se manifiestan en mis manos, en mis pies y en el costado, solamente en Semana Santa y en Navidad, cuando revivo el tiempo pasado con Jesús y en mi cuerpo experimento las heridas de su cuerpo crucificado. Recordé las palabras del Maestro en la India, “*En eso que piensas, en eso te conviertes*” y de su maravillosa historia del niño búfalo y el Santo. Si los estigmas parecen inverosímiles, el lector cauteloso puede referirse a la biografía del difunto Padre Pío, un místico Católico italiano del siglo XX, cuyas heridas sangrantes, similares a las de Cristo, fueron exhaustivamente fotografiadas y documentadas científicamente².

Sonó el teléfono de la señora Hughes. Cuando ella terminó la conversación telefónica, dijo: “¡Caramba, oh, caramba! Esa llamada la hizo un hombre que acaba de salir del hospital. Tenía doble neumonía, los médicos declararon su caso perdido. Hoy, el Maestro apareció sobre su cama y pasó a través de su cuerpo, como lo hizo conmigo en 1928. Se quitó la máscara de oxígeno y salió caminando del hospital. Si usted quiere, puede conocerlo antes de que se vaya”. Infortunadamente tenía que abordar el bus. En la puerta, ella dijo con su acento de Kentucky arrastrando las palabras: “Encanto, los ángeles de Luz están volando alrededor de tu cabeza. Ahora, cuídate”. Sentí su bendición. Poco después, la señora Hughes dejó su cuerpo por última vez.

Después de visitar y hablar con cientos de personas en varias ciudades de América, regresé a Vancouver con sólo siete dólares. Piara y Kuldeep Nagra, bondadosamente me permitieron quedar en su sótano mientras el naciente loto empezaba a surgir.

DE REGRESO A OCCIDENTE

*Escucha amigo, tu no eres “tu”.
Existe un TU poderoso, el cual es un océano
En el que se han ahogado un billón de “tus”.*

- Rumi

-
1. Bhadra Sena, editor, *Cuando Ellos Vieron al Maestro*, (Delhi, India: Ruhani Satsang, 1956), p 7-10.
 2. Nesta De Robeck, *Padre Pio*, (Milwakee, Winsconsin: The Bruce Publishing Company, 1958).